



## VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

Alfredo Flores. EX FISCAL JEFE DE LA AUDIENCIA DE SEVILLA

## “Debe enseñar a buscar el bien común y el disfrute de los derechos en igualdad”

El abogado considera que la Universidad “no puede ser una fábrica de títulos vacíos de contenido, o de élites que utilizan el saber como un poder de dominación” y asegura que los universitarios tienen “una deuda permanente con la sociedad y con las generaciones que nos precedieron, porque utilizamos sus conocimientos”.

BERTA BAZ | MADRID

**D**URANTE dos décadas Alfredo Flores (Salamanca, 1933) ha ocupado el cargo de fiscal jefe de la Audiencia de Sevilla. Licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca, fue miembro fundador de la Asociación de Fiscales e integrante del Consejo Fiscal en la década de los 80. Ha recibido la Cruz de Honor de San Raimundo de Peñafort y la Cruz de la Orden del Mérito Policial. Académico de la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras Luis Vélaz de Guevara y de la Real Academia Sevillana de Legislación y Jurisprudencia sigue ejerciendo a sus 85 años como abogado.

—¿Siempre tuvo claro que su carrera era Derecho?

—Sin duda alguna las ciencias no eran lo mío. Cualquier carrera técnica suponía trasladarse a Madrid, algo que entonces excedía de mis posibilidades. Elegí Derecho porque parecía ofrecer más salidas profesionales; también influyó que, finalizada la Segunda Guerra Mundial, se respiraba un ambiente de recuperar una sociedad de disfrute de derechos y libertades. Las Declaraciones Universales de Naciones Unidas, que España no asumió hasta 1977, favorecían esa esperanza. Además, mis amigos más próximos también eligieron Derecho. Nunca me he arrepentido de aquella decisión. He disfrutado mucho con el estudio y aplicación de las leyes, y lo sigo haciendo.

—¿Cómo era la Universidad de entonces?

—La nostalgia es enemiga de la objetividad, de modo que aquellos años los recuerdo con emoción. Creo que no éramos conscientes de que nos incorporábamos a una institución conocida en todo el mundo, fondo de cultura y custodia del saber. Era un privilegio asistir a clase en el Aula de Fray Luis, subir la escalera y disfrutar de la joya de su biblioteca. Aprender Derecho Romano o fumar el cigarrillo de los descansos en el

claustro bajo la sombra de la impresionante sequoia y el ‘ding dong’ de los campanarios. No era ni mejor ni peor que hoy, pero nosotros éramos más jóvenes. Todo era más reducido, más entrañable. El número de alumnos permitía una cercanía con el profesorado -no todos eran asequibles- y se disfrutaba de una calma que permitía la toma de apuntes y la asistencia regular a clase.

“José Antón Oneca es una referencia permanente por su sabiduría y empeño”

—¿Qué asignaturas le resultaron más duras?

—En aquel plan recuerdo Economía, que se daba en primero, con un lenguaje de términos anglosajones que nos sonaba, al menos a mí, a chino. Más adelante, a partir de cuarto, aparecía la temible Hacienda Pública, y un añadido sobre los impuestos, que era complicada y que gracias a la benevolencia del querido e inolvidable profesor adjunto Pepe Ledesma, pudimos muchos de nosotros salvar el trance. Dadas las dificultades de la materia surgieron muchos autores de ‘chuletas’, verdaderos artistas que ofrecían ayudas arriesgadas para acortar el camino al aprobado. Pero duro de verdad; el Administrativo I en tercero. En aquellos años debuté en Salamanca como catedrático Manuel Clavero Arévalo, maestro siempre respetado. Lo sabía todo y lo exigía todo. Afortunadamente hemos prolongado nuestra relación de amistad en Sevilla, donde vivo. Su cabeza era ya entonces privilegiada, pero lo que más nos llamó la atención fue ver a un sevillano en el mes de enero y a cuerpo por la calle de la Rúa. Sus exámenes, siempre orales, y sus seminarios

vesperinos, fueron pruebas duras, cuya utilidad he comprendido con el paso del tiempo.

—¿Qué destacaría de las clases que recibía en la facultad?

—El salto de la rigidez del horario y asistencia colegial a la flexibilidad universitaria fue difícil de administrar. Ya no se trataba de aprender, sino de comprender, saber y asumir responsabilidades. Todo ello, y poco a poco, convirtió la asistencia a clase en algo grato, en algunas asignaturas más que en otras. Ello dependía mucho del catedrático, cuyo entusiasmo o rutina resultaban contagiosos. Para los que procedíamos de colegios ‘unisex’, la asistencia a clase suponía un aliciente: la convivencia con compañeras era algo nuevo para nosotros.

—¿Un profesor decisivo en su formación?

—Sin comparaciones innecesarias, la figura de José Antón Oneca, catedrático de Derecho Penal, ha sido y es para mí una referencia permanente, no solo por su sabiduría -su libro sobre la Parte General de Derecho Penal es una obra de obligada consulta a día de hoy- sino también por su empeño en que comprendiéramos que el Derecho está al servicio de la dignidad y libertad humanas. Su modestia y su silencio sobre la dura supervivencia en una posguerra increíble son una llamada constante a la importancia del jurista. Creo que su influencia en mi vocación y en la que sería mi profesión fue decisiva.

—Con la perspectiva de los años, ¿con qué enseñanza se queda?

—Aprendimos a vivir. Creo que aprendimos sencillamente a relacionarnos como

personas y a comprender que no estudiábamos solo para beneficio propio. Los universitarios tenemos una deuda permanente con la sociedad y con las generaciones que nos precedieron, porque utilizamos sus conocimientos, y con ellos todo el bagaje cultural de siglos de estudio. La Universidad de Salamanca, concretamente aquella Facultad de Derecho, ha aportado mucho al bienestar de los ciudadanos, y si no somos capaces de aumentar su prestigio, al menos nuestra conducta pública no debe ponerlo en tela de juicio.

—Su mejor recuerdo...

—Celebrábamos la festividad de nuestro patrón, San Raimundo de Peñafort, el 23 de enero, con un desfile jocosos y crítico tanto para la facultad como para la ciudad. Conservo documentos gráficos que lo acreditan. Pero el año 1955 me trae, de aquellas celebraciones, un recuerdo agri dulce. Era nuestro último curso y celebramos en el Teatro Coliseum, tristemente desaparecido, el acto público del llamado ‘Juicio de la Paca’ y la lectura del ‘discurso de despedida’ y entrega del Códice a las generaciones venideras. Lo leí con emoción y valentía, pero alguna alusión me costó volver en septiembre. Finalizó el acto con un banquete tradicional de huevos bechamel y muslo de pollo. Coincidió este festejo con la decisión municipal de cambiar la pavimentación de la Plaza Mayor y suprimir los jardines del centro, lo que supuso una revolución cruenta. Desaparecieron las ancestrales vueltas en los paseos y el consiguiente cruce de hombres y mujeres, con todas las posibilidades que ello ofrecía. Fue también una revolución social al te-



## Ficha

Carrera y promoción: Derecho, 1955.

Un profesor: José Antón Oneca.

Una comida: El cocido.

Un rincón de Salamanca: Las Úrsulas.

Una canción de aquellos tiempos: ‘Noche de ronda’.



VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

ner que abandonar el 'píjerieo local' la zona ajardinada, el estamento doméstico y militares sin graduación los soportales, y la población universitaria y menestral la calzada central. Los universitarios fuimos expulsados hacia la calle Toro que desde entonces, y sin que se me alcance el motivo, pasó a denominarse 'El dólar'.

—¿Qué planes tenía cuando llegaba el fin de semana?

—El fin de semana de los años 50 no tiene mucho en común con el fin de semana de hoy. Prácticamente hasta la tarde del sábado no entrabas en faena. La partida de cartas era frecuente: el mus y el tute se llevaban la palma quedando en juego el importe de las consumiciones. Más bien escuetas y con menos adictos, pero más encarnizadas, las partidas de dominó generaban amistades y enemistades perpetuas. Si los descansos mañaneros habían sido fructíferos, se conseguía organizar el guateque, fiesta-baile de época tolerado, en algún domicilio. Por lo general, los invitados colaborábamos con la aportación de frutos secos, bebidas suaves o refrescos. Elemento indispensable era el 'pick-up' y la colección de singles acomodada a las expectativas de los asistentes: boleros lentos y tangos, preferidos por los varones, y vales y pasodobles por las damas. La irrupción de ritmos americanos, cha-cha-cha, mambos y no digamos el twist, dieron al traste con la identidad del guateque. Durante los fines de semana había también la posibilidad de asistir a los bailes públicos, peor vistos y muy criticados. Salones como el Ideal, el Venecia o el Estambul, solucionaban el problema a los desafortunados y solitarios. Recuerdo que había una línea roja que partía de la Iglesia de la Purísima y llegaba hasta la mismísima Peña Celestina, que acotaba una zona tradicional y 'non san-



A la izquierda, Marcelino Oreja, también antiguo alumno; Manuel Clavero Arévalo, catedrático de Derecho Administrativo, junto a Alfredo Flores. En el centro, Alfredo Flores, disfrazado de camarera, en las fiestas de la facultad. A la derecha, el jurista, segundo por la izquierda, pasea por la calle Toro.

ta', con locales nocturnos de fama nacional.

—¿Y el domingo?

—Reinaba el fútbol en el inolvidable Calvario. ¡Cuántas alegrías y tristezas nos proporcionó la Unión, y cuántas gripes también! La economía universitaria no permitía muchas alegrías, de modo que asistir al cine de estreno era prohibitivo. Resultaba preferible acudir entre semana al Taramona o al Moderno, y si era programa doble mejor. El cine club de los Luises, en la calle Serranos, permitía gozar de un cine bueno y barato. Tenía este cine club un salón anexo en el que se podía jugar al billar americano y al fútbolín, que irrumpía con fuerza en el ocio. No querría olvidar en el ocio salmantino de aquellos años la figura de Rafael Laínez Alcalá, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, andaluz quiero recordar que de Jaén. A él se deben los paseos nocturnos por la Salamanca eterna, que finalizaban en la orilla del Tormes, junto al Puente Romano, donde escuchábamos el eco del mar y el canto de las sirenas, y si

**“En la Universidad aprendimos que el valor supremo es el hombre, su dignidad, su libertad”**

se terciaba terminábamos con sardinas y tinto.

—Usted vivió las celebraciones del séptimo centenario que en 1953 organizó el rector Tovar. ¿Cómo las recuerda?

—Los salmantinos asistimos absortos al cortejo que formaban los más de cien rectores y representantes de todo el mundo que honraban a nuestra vieja Alma Mater en su setecientos cumpleaños. Se hacía realidad lo de que Salamanca era 'Roma la Chica', a lo que contribuían los vistosos ropajes que lucían las autoridades asistentes. Más aún sorprendió

que en la solemne sesión del Paraninfo, el nombre de Unamuno resonara en muchos idiomas. Una vez más, y desde fuera, nos descubrieron los tesoros de nuestra ciudad, no solo apacible en su calidad de vida, sino también cuna el saber. También quiero destacar otro acontecimiento importante que tuvo lugar en 1955 en Salamanca. Se celebraron las "Conversaciones cinematográficas sobre el estado del cine español" en el Gran Vía y en el España. La proyección de películas como 'Muerte de un ciclista', 'Bienvenido Mister Marshall', o 'El Ladrón de Bicicletas', y las intervenciones de Juan Antonio Bardem, Luis García Berlanga y Fernando Fernán-Gómez, todo ello bajo los auspicios del Cine Club Universitario y del Cine Club del SEU, que por entonces dirigía Basilio Martín Patino, tuvieron un impacto cinematográfico y político-social que anunciaban nuevos tiempos.

—¿Qué espera del Estudio salmantino durante este 2018?

—Da la impresión de que en la actualidad hemos perdido un po-

co el rumbo y el orden de valores. Nos debe preocupar que la violencia, la insolidaridad y el afán desmedido de tener desplace a lo verdaderamente importante que es el ser. Eso es lo que aprendimos en la Universidad: el valor supremo es el hombre, su dignidad, su libertad y su intangibilidad. Estos son los verdaderos valores que deben regir nuestra convivencia. La Universidad no puede ser una fábrica de títulos vacíos de contenido, o de élites que utilizan el saber como un poder de dominación. La Universidad es el corazón de la sociedad a la que debe servir, y su misión última enseñar a buscar el bien común y el disfrute de los derechos en situaciones de igualdad.

—¿Cuál cree que son los puntos fuertes de la institución dentro de España y en el extranjero?

—Creo que la calidad de sus enseñanzas, la búsqueda de la verdad y la recuperación de una ética de los comportamientos individuales y colectivos que nos permita sentirnos orgullosos de ella como salmantinos y como universitarios.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Domingo Báñez, el dominico que participó en la reforma del calendario

R.D.L. / SALAMANCA

El 29 de febrero de 1528, año bisiesto, nació Domingo Báñez en Valladolid, ciudad en la que vivió hasta 1540, cuando la familia se trasladó a Medina del Campo. Cumplidos los quince años, el joven Báñez inicia una nueva vida en Salamanca donde estudia Artes en la Universidad. Poco tiempo después, con diecinueve años, ingresa en el convento de San Esteban, empapándose de las enseñanzas de Francisco de Vitoria y Domingo de Soto. En 1547, Domingo Báñez toma el hábito religioso y, tal y como establecen los frailes dominicos, cursa un año más de Artes antes de iniciar su formación teológica con grandes maestros como Melchor Cano y Pedro de Sotomayor. Años después, el joven vallisoletano demostró

estar a la altura de sus profesores. Con solo 24 años de edad, comienza a enseñar en el convento de San Esteban y de ahí se trasladó a Ávila, al convento dominico de Santo Tomás. Coincidió en esta época con Teresa Sánchez de Cepeada y Ahumada — más conocida como Santa Teresa — a la que escuchó en confesión y con la que colaboró en sus proyectos reformadores. Sus siguientes destinos fueron Sigüenza, Alcalá y de nuevo Ávila, para pasar de nuevo una corta temporada en Salamanca, entre 1570 y 1573, en el convento de San Esteban que abandonaría des-



pués para ocupar el cargo de rector del Colegio de San Gregorio de Valladolid.

Comienza entonces una época dura en su vida, el tribunal de la Inquisición le investiga pero, finalmente, las acusaciones no van más allá de las amenazas. Con 49 años, Báñez obtiene la cátedra salmanticense de Durando a la que se dedica hasta 1580, cuando gana por oposición la cátedra de prima de Teología, la más prestigiosa de la Universidad de Salamanca. Fueron once años en lo más alto del Estudio salmantino, aunque no fueron años fáciles ya que de nuevo la Inquisición abrió un proceso contra él, en este caso por las

denuncias que fray Luis de León efectuó ya que aseguraba que algunas afirmaciones de Báñez sobre la eucaristía se acercaban al error de Lutero. Sin embargo, tampoco en esta ocasión resultó condenado, al contrario, su prestigio fue en aumento y se ganó la confianza del rey Felipe II. Durante estos años publica sus principales obras, entre ellas hay que recordar sus comentarios escolásticos a la "Suma Teológica", de Santo Tomás, "Decisiones de iure et iustitia". Fue en esta época cuando el fraile participa en la popular reforma gregoriana del calendario. Pero los enfrentamientos a los que dieron lugar algunas de sus reflexiones fueron haciendo mella en su salud. La gran contienda que libró con los molinistas por sus diferencias sobre la gracia divina con el jesuita Luis de Molina derivaron en dos vertientes contrarias entre los teólogos católicos. Cansado y enfermo, se retiró al convento de San Andrés, en Medina del Campo, en 1599. Cinco años después, el 22 de octubre de 1604, falleció sin saber qué decisión tomó el papa acerca de su tesis sobre los molinistas.



GRADUACIONES Y ENCUENTRO DE ALUMNOS



Foto de grupo de los estudiantes que ayer se graduaron en Fisioterapia. | JAVIER CUESTA



Alumnos de Documentación en su graduación. | ALMEIDA



Imposición de bandas a los graduados en Bellas Artes. | JAVIER CUESTA



Nuevos titulados en los estudios de Hispánicas de la Facultad de Filología. | ALMEIDA



Los alumnos de Trabajo Social durante la ceremonia de imposición de bandas. | GUZÓN



Encuentro de alumnos de Psicología de la Pontificia que acabaron en 1993. | ALMEIDA